

# LA CEREMONIA DEL ADIÓS

SIMONE DE BEAUVOIR

# LA CEREMONIA DEL ADIÓS

Traducción de José Garbajosa



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Títulos originales: *La ceremonie des adieux*

Traducción de José Carbajosa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: *Desconsuelo* («Desconsol»), de Josep Llimona.  
Estatua en mármol, 1907, Museu Nacional d'Art de Catalunya.

Primera edición: octubre de 2020

© Editions Gallimard, 1981

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación 262, 2<sup>a</sup> 1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2196-8

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 15353-2020

Impreso en España

*A los que amaron a Sartre,  
lo aman,  
lo amarán.*

## PREFACIO

*He aquí el primero de mis libros —sin duda el único— que usted no habrá leído antes de ser impreso. Le está enteramente consagrado pero no le atañe.*

*Cuando éramos jóvenes y al término de una discusión apasionada uno de los dos triunfaba con brillantez, le decía al otro: «¡Lo tengo en la cajita!». Usted está ahora en la cajita; no saldrá de ella y no me reuniré con usted; aunque me entierren a su lado, de sus cenizas a mis restos no habrá ningún pasadizo.*

*Este usted que empleo es una añagaza, un artificio retórico. Nadie lo oye; no hablo a nadie. En realidad, es a los amigos de Sartre a quienes me dirijo, a aquellos que desean conocer mejor sus últimos años. Los he descrito tal como los viví. Hablo algo de mí, porque el testigo forma parte de su testimonio, pero lo hago lo menos posible. En primer lugar, porque no es mi propósito y, además, como ya señalé respondiendo a los amigos que me preguntaban cómo tomaba las cosas:*

*—Eso no puede decirse, no puede escribirse, no puede pensarse; se vive, es todo.*

*Esta crónica se basa esencialmente en el diario que llevé durante estos diez últimos años. Y también en los numerosos testimonios que he recogido. Doy las gracias a todos aquellos que con sus escritos o de viva voz me han ayudado a reseñar el fin de Sartre.*

1970

A lo largo de toda su existencia, Sartre no dejó nunca de cuestionarse, una y otra vez; sin negar lo que él llamaba sus «intereses ideológicos», no quería verse afectado por ellos, razón por la que a menudo escogió «pensar contra sí mismo», haciendo un difícil esfuerzo para «romper huesos en su cabeza». Los acontecimientos del 68, en los que intervino y que lo afectaron profundamente, fueron para él la ocasión de una nueva revisión; se sentía contestado en cuanto intelectual y por eso, durante los años siguientes, se vio inducido a reflexionar sobre el papel del intelectual y a modificar la concepción que de éste tenía.

Lo explicó con frecuencia. Hasta entonces,<sup>1</sup> Sartre había considerado al intelectual como «un técnico del saber práctico» que desgarraba la contradicción entre la universalidad del saber y el particularismo de la clase dominante cuyo producto era; de esta manera encarnaba la conciencia infeliz tal como Hegel la definió, y satisfaciendo su conciencia con esta misma mala conciencia, suponía que ésta le permitiría alinearse junto al proletariado. Ahora, Sartre pensaba que era menester superar esta fase: al «intelectual clásico» él oponía el «nuevo intelectual» que niega en sí mismo lo intelectual, para intentar encontrar un nuevo estatuto «popular»; el nuevo intelectual busca fundirse con las masas para hacer triunfar la verdadera universalidad.

1 Sobre todo en las conferencias que dio en Japón.

Sin haberla trazado claramente aún, Sartre procuró seguir esta línea de conducta. En otoño del 68 se hizo cargo de la dirección de un boletín, *Interluttés*, que, impreso unas veces, multicopiado otras, circulaba por los comités de acción. Se había reunido muchas veces con Geismar y se interesó por una idea que éste le expuso a principios del 68: publicar un periódico en el que las masas hablaran a las masas, o, mejor, en el que el pueblo, allí donde sus luchas habían logrado fortalecerlo un poco, hablara a las masas para atraerlas a este proceso. Después de un comienzo de realización, el proyecto se malogró. Pero se consiguió enderezarlo cuando Geismar se adhirió a la Izquierda Proletaria (I.P.) y cuando los maoístas crearon, junto con él, *La Cause du Peuple*. Este periódico no tenía propietario. Era escrito directa o indirectamente por los trabajadores, y hasta su venta era militante. Pretendía dar una idea de las luchas llevadas a cabo en Francia por los obreros, a partir del año 70. Se mostró a menudo hostil con los intelectuales y, a propósito del proceso de Roland Castro, también con el mismo Sartre.<sup>1</sup>

Sin embargo, por medio de Geismar, Sartre conoció a numerosos miembros de la I.P. Cuando ciertos artículos de *La Cause du Peuple* atacaron al régimen, su primer director, Le Dantec, y después el segundo, Le Bris, fueron arrestados. Geismar y otros militantes propusieron a Sartre que ocupara su puesto. Aceptó sin dudar, pues pensaba que el peso de su nombre podría serles útil.

1 Roland Castro, militante de *Vive la Révolution* (V.L.R.), juntamente con Clavel, Leiris, Genet y algunos otros, había ocupado el despacho del C.N.P.F para protestar contra la muerte de cinco trabajadores inmigrantes, asfixiados por el gas de la calefacción. La policía nacional los maltrató, los detuvo y luego los puso en libertad, excepto a Castro, el cual, aprovechando la parada ante un semáforo, se bajó del coche celular e intentó huir. Apresado de nuevo, fue inculpado de violencia con respecto a los policías. Fue condenado porque el juez rehusó situar el proceso en el verdadero terreno, el terreno político. Sartre declaró a favor de Castro y *La Cause du Peuple* comentó con malevolencia este testimonio.

—Cínicamente, puse mi notoriedad en la balanza —diría más tarde en el transcurso de una conferencia dada en Bruselas. A partir de ese momento, los maoístas empezaron a revisar su opinión y su táctica con respecto a los intelectuales.

He relatado en *Final de cuentas* el proceso de Le Dantec y de Le Bris que se celebró el 27 de mayo y en el que Sartre fue citado como testigo. Aquel día el gobierno anunció la disolución de la Izquierda Proletaria. Días antes, había tenido lugar en el palacio de la Mutualité un mitin en el que Geismar pidió al público que saliera a la calle, el 27 de mayo, para protestar contra ese proceso: sólo habló durante ocho minutos, pero eso fue suficiente para que fuera arrestado.

El primer número de *La Cause du Peuple* dirigido por Sartre apareció el 1.º de mayo del 70. El poder no la tomó con Sartre, pero el ministro del Interior hizo secuestrar cada número tan pronto como aparecía: felizmente el impresor lograba que la mayor parte de los ejemplares saliera antes del secuestro. Entonces el gobierno atacó a los vendedores que comparecieron ante un tribunal especial por haber reconstituido una liga disuelta. He relatado, también, cómo Sartre, yo misma y numerosos amigos, vendíamos el periódico en el centro de París sin que se nos inquietara seriamente. Un buen día, las autoridades se cansaron de este vano combate y *La Cause du Peuple* se distribuyó en los quioscos. Se creó una asociación de amigos de *La Cause du Peuple*, cuyos directores éramos Michel Leiris y yo. Se nos negó el resguardo de la autorización de asociación; fue necesario un recurso ante el tribunal administrativo para que nos lo entregaran.

En junio del 70, Sartre contribuyó a fundar *Secours Rouge*, cuyos principales pilares fueron Tillon y Sartre. El objetivo de la organización era luchar contra la represión. En un texto redactado en gran parte por Sartre, el comité de iniciativa nacional declaraba, entre otras cosas:

*Secours rouge* será una asociación democrática, legalmente declarada, e independiente; su objetivo esencial será asegurar la defensa política y jurídica de las víctimas de la represión y prestarles un apoyo material y moral, así como a sus familiares, sin exclusividad alguna...

... No es posible defender la justicia y la libertad sin organizar la solidaridad popular. *Secours rouge*, hija del pueblo, lo ayudará en su combate.

La organización reunía a los principales grupos de extrema izquierda, a Testimonio Cristiano y a diversas personalidades. Su plataforma política era muy extensa. Quería oponerse a la ola de arrestos desencadenada por Marcellin, después de la disolución de la G.P. Un gran número de militantes fue arrestado y estaba en la cárcel. Era menester reunir información sobre cada uno de los casos e inventar modos de acción. *Secours Rouge* tenía muchos miles de afiliados. Se establecieron algunos comités de base en diversos barrios de París y en provincias. El más activo entre los comités provinciales era el de Lyon. En París, la organización se ocupó sobre todo del problema de los inmigrantes. Si bien al principio esos grupos eran muy eclécticos políticamente, los maoístas desplegaron la mayor actividad y tomaron las riendas.

Aunque desempeñaba con celo sus tareas de militante, Sartre seguía consagrando la mayor parte de su tiempo al trabajo literario. Daba los últimos toques al tercer tomo de su gran obra sobre Flaubert. En 1954 Roger Garaudy le había propuesto:

—Intentemos explicar un mismo personaje; yo conforme a los métodos marxistas, usted conforme al método existencialista.

Sartre escogió a Flaubert, del que había hablado mal en *¿Qué es la literatura?*, pero que lo sedujo al leer su correspondencia. Lo que le atraía en él era la preeminencia que acordaba a la imaginación. En ese tiempo Sartre llenó una docena de cuadernos, y después redactó un estudio de mil páginas que abando-

nó en 1955. Lo retomó y lo transformó completamente entre los años 68 y 70. Lo tituló *El idiota de la familia* y lo escribió al correr de la pluma con mucho ardor. «Se trataba de mostrar un método y de mostrar un hombre».

Explicó muchas veces sus intenciones. Hablando en mayo del 71 con Contat y Rybalka, precisó que no se trataba de una obra científica, ya que no utilizaba conceptos sino nociones, definiendo a la noción como un pensamiento que introduce el tiempo en ella: la noción de pasividad, por ejemplo. Adoptaba con respecto a Flaubert una actitud de empatía.

—Ése es mi objetivo, probar que todo hombre es perfectamente conocible, siempre que se utilice el método apropiado y se tengan los documentos necesarios.

Dijo también:

—Cuando muestro cómo Flaubert no se conoce a sí mismo y cómo al mismo tiempo se comprende admirablemente, indico lo que llamo lo vivido, es decir, la vida en comprensión consigo misma, sin que denote un conocimiento, una conciencia ética.

Sus amigos, los maoístas, condenaban más o menos esta empresa. Hubieran preferido que Sartre escribiera un tratado proselitista o una gran novela popular. Pero, sobre eso, no estaba dispuesto a ceder ante ninguna presión. Comprendía el punto de vista de sus camaradas, pero sin compartirlo.

—Si miro el contenido —decía a propósito de *El idiota de la familia*—, tengo la impresión de una huida, y si por el contrario miro el método, tengo la impresión de ser actual.

Volvió sobre este tema en la conferencia que dio más tarde en Bruselas.

—Estoy dedicado desde hace diecisiete años a una obra sobre Flaubert que no podrá interesar a los obreros porque está escrita en estilo complicado y ciertamente burgués... A ella me encuentro atado, es decir, tengo sesenta y siete años, trabajo en ella desde los cincuenta y con ella soñaba desde mucho antes...

Mientras escribo sobre Flaubert, soy un *enfant terrible* de la burguesía que debe ser recuperado.

Su idea profunda era que, en cualquier momento de la historia, cualquiera que fuera su contexto social y político, comprender a los hombres seguiría siendo lo esencial, y que su ensayo sobre Flaubert podría ayudar a ello.

Así pues, Sartre estaba satisfecho con sus diversos compromisos cuando, después de una feliz estancia en Roma, volvimos a París en el mes de septiembre del 70. Vivía en un pequeño apartamento austero, en el décimo piso de un edificio del bulevar Raspail, frente al cementerio de Montparnasse y muy cerca de mi casa. Se encontraba a gusto allí. Llevaba una vida bastante rutinaria. Veía regularmente a sus antiguas amigas, Wanda K. y Michèle Vian, y a su hija adoptiva, Arlette Elkaim, en cuyo apartamento dormía dos noches por semana. Las otras noches las pasaba en el mío. Charlábamos, escuchábamos música. Yo tenía una importante discoteca que enriquecía cada mes. Sartre se interesaba mucho por la escuela de Viena —sobre todo por Berg y Webern— y por los compositores actuales, Stockhausen, Xenakis, Berio, Penderecki y otros muchos. Pero volvía gustosamente a los grandes clásicos. Le gustaba Monteverdi, Gesualdo, las óperas de Mozart —sobre todo, *Così fan tutte*—, las de Verdi. Durante esos conciertos caseros, comíamos un huevo duro o una loncha de jamón y bebíamos un poco de whisky. Yo vivo en un «estudio de artista con *loggia*», según la definición que dan las agencias inmobiliarias. Paso mis días en un gran salón de techo alto; por medio de una escalera interior se llega a una habitación, que se comunica con el cuarto de baño por una especie de balcón. Sartre dormía arriba y bajaba por la mañana a tomar conmigo el té; algunas veces una de sus amigas, Liliane Siegel, venía a buscarlo y lo llevaba a tomar un café a un cafeticho cercano a la casa de Sartre. A menudo veía a Bost, en mi casa, al anochecer. También veía frecuentemente a Lanzmann, con quien tenía muchas afinidades, a pesar de

ciertos desacuerdos sobre la cuestión palestino-israelí. A Sartre le gustaban particularmente las veladas del sábado que Sylvie pasaba con nosotros y las comidas de los domingos que hacíamos los tres en La Coupole. También nos reuníamos de vez en cuando con otros amigos.

Por la tarde, yo trabajaba en casa de Sartre. Esperaba la publicación de *La vejez* y pensaba en un último volumen de mis *Memorias*; él releía y corregía el retrato del doctor Flaubert en *El idiota de la familia*. Era un otoño magnífico, azul y dorado. El año<sup>1</sup> se anunciaba muy bien.

En septiembre, Sartre participó en un gran mitin organizado por *Secours Rouge*, para denunciar la matanza de los palestinos por el rey Hussein de Jordania. Asistieron seis mil personas. Sartre se encontró con Jean Genet, a quien no había visto desde hacía tiempo. Genet se relacionaba con los Panteras Negras, sobre los que había escrito un artículo en *Le Nouvel Observateur*, y se preparaba para partir hacia Jordania, donde residiría en un campo palestino.

Hacía tiempo que la salud de Sartre no me causaba inquietudes. Aunque fumaba dos paquetes diarios de tabaco, sus arterias no habían empeorado. Brutalmente, a finales de septiembre, volví a sentir miedo.

Un sábado cenamos con Sylvie en el Dominique, y Sartre bebió mucho vodka. De vuelta en mi casa, se quedó amodorrado y después se durmió completamente, dejando caer el cigarrillo. Lo ayudamos a subir a su habitación. Al día siguiente, por la mañana, parecía en perfecto estado, y se marchó a su casa. Pero cuando, dos horas más tarde, Sylvie y yo fuimos a buscarlo para ir a comer, estaba golpeándose contra los muebles. Al salir de La Coupole, aun habiendo bebido muy poco, se tambaleaba. Lo llevamos en taxi a casa de Wanda, en la calle del Dragón, y, al bajar del coche, estuvo a punto de caerse.

1 Habíamos conservado la costumbre de contar por años escolares.

Había tenido vértigos en otras ocasiones. En el 68, saliendo del coche en la plaza Santa María de Trastevere, le flaquearon las piernas de tal suerte que Sylvie y yo tuvimos que sostenerlo. Sin dar mucha importancia al hecho, me había sorprendido, ¡no había bebido nada! Pero esos trastornos nunca habían sido tan acusados y adiviné su gravedad. Anoté en mi diario: «Este apartamento, tan alegre desde mi vuelta, ha cambiado de color. La hermosa moqueta color topo evoca un duelo. Así habrá que vivir, en el mejor de los casos todavía con dicha y con momentos de gozo, pero con la amenaza suspendida, como si la vida estuviera entre paréntesis».

Al copiar estas líneas, me asombro. ¿De dónde me llegó este negro presentimiento?

Pienso que a pesar de mi aparente tranquilidad no había cesado, desde hacía más de veinte años, de estar en continua alerta. La primera había sido en el verano del 54; al final de su viaje a la URSS, una crisis de hipertensión había llevado a Sartre al hospital. En otoño del 58 había conocido la angustia;<sup>1</sup> Sartre había escapado por los pelos a un ataque, y después la amenaza subsistió. Sus arterias, sus arteriolas eran demasiado estrechas, me habían dicho los médicos. Cada mañana, cuando iba a despertarlo, tenía prisa por saber si respiraba. No sentía una verdadera inquietud; era más bien un fantasma, pero que significaba algo. Las nuevas molestias de Sartre me obligaron a tomar conciencia, dramáticamente, de una fragilidad que de hecho ignoraba.

Al día siguiente Sartre recobró su equilibrio, más o menos, y fue a ver a su médico habitual, el doctor Zaidmann. Éste prescribió unos exámenes y recomendó a Sartre que no se fatigara, en espera de la consulta que el domingo siguiente haría con un especialista. Éste, el profesor Labeau, no quiso diagnosticar. El desequilibrio podría venir de un trastorno del oído interno

1 Véase *Final de cuentas*.

o de un trastorno en el cerebro. A petición suya se le hizo un encefalograma que no reveló anomalía alguna.

Sartre se encontraba cansado. Un absceso en la boca, una amenaza de gripe. Pero entregó jubilosamente a Gallimard, el 8 de octubre, el enorme manuscrito sobre Flaubert.

Los maoístas le habían organizado un viaje a Fos-sur-Mer y a otros centros industriales a fin de que estudiara las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. El 15 de octubre, los médicos se lo prohibieron. Además de Zaidmann, había visto a otros especialistas que le habían examinado los ojos, los oídos, el cráneo, el cerebro; nada menos que once visitas. Le habían descubierto serios trastornos circulatorios en la zona izquierda del cerebro (la zona del lenguaje) y un estrechamiento de los vasos sanguíneos. Debía fumar menos y soportar una serie de inyecciones tonificantes. Dentro de dos meses, se le haría un nuevo encefalograma. Sin duda para entonces estaría ya curado. Pero era preciso que no trabajara demasiado, sobre todo físicamente. En realidad, ahora que el Flaubert estaba terminado, no había razón alguna para que se cansara. Leía manuscritos, novelas policíacas, y soñaba vagamente con una obra de teatro. Escribió también durante ese mes de octubre un prefacio para la exposición de Rebeyrolle que éste había intitulado *Coexistences*. Nos gustaban mucho sus cuadros. Había ido a pasar dos días con nosotros en Roma y nos inspiró mucha simpatía. Cuando conocimos a su mujer, una armenia bajita, vivaz y graciosa, despertó en nosotros el mismo sentimiento. Deberíamos verlos muy a menudo durante los años siguientes. Eran amigos de Franqui, el periodista que nos había invitado a Cuba en el año 60 y que, después, se había exiliado porque se oponía a la política prosoviética de Castro.

Sartre, a pesar de sus molestias, proseguía sus actividades políticas. Precisamente en aquella época tuvieron lugar, en casa de Simon Blumenthal —el impresor de *La Cause du Peuple*—, unas jornadas que ya he narrado en *Final de cuentas*. Por medio

de Geismar, Sartre había conocido a Glucksmann; le concedió una entrevista en la que reanudaba el análisis de las luchas obreras en Francia que había hecho *La Cause du Peuple* (conversación que difundió el 22 de octubre por la Hessischer Rundfunk).

El 21 de octubre tuvo lugar el proceso de Geismar. En el mitin, en el que éste había tomado parte para protestar por el encarcelamiento de Le Dantec y de Le Bris, hubo unos cinco mil asistentes que gritaban: «¡El 27 todos a la calle!». Hablaron muchos oradores; sólo Geismar fue arrestado, a causa, evidentemente, de su pertenencia a la Izquierda Proletaria. Por otra parte, la manifestación del 27 no había sido sangrienta. Los CRS utilizaron gases lacrimógenos, los manifestantes lanzaron algunos clavos y tuercas, no hubo heridos. Sin embargo, se esperaba un veredicto severo. Sartre fue citado como testigo. Pero en vez de interpretar delante de la justicia burguesa el papel convencional que se le había asignado, prefirió ir a hablar a los obreros de Billancourt. La dirección no le permitió entrar en la fábrica. Por otra parte, el Partido Comunista había hecho distribuir, a las ocho de la mañana, unas octavillas en las que ponía en guardia contra él a los obreros de Renault. Sartre habló desde fuera, subido sobre un tonel, mediante un megáfono, ante un público muy reducido.

—Son ustedes los que tienen que decir si la acción de Geismar es buena o mala —dijo—. Quiero testimoniar en la calle porque soy un intelectual y porque pienso que la unión entre los intelectuales y el pueblo que existió en el siglo diecinueve (no siempre, pero dio muy buenos resultados) debería recuperarse hoy. Hace cincuenta años que el pueblo y los intelectuales están separados; ahora es necesario que los dos sean uno solo.

Los adversarios de Sartre se dedicaron a ridiculizar su intervención. El PC le replicó que la unión entre el pueblo y los intelectuales estaba asegurada, puesto que gran número de és-

tos se afiliaba al partido. Sin embargo, Geismar fue condenado a dieciocho meses de cárcel.

Sartre participó en la creación de un nuevo periódico, *J'Accuse*, cuyo número cero apareció el 1 de noviembre. Se había unido al equipo dirigente formado por Linhart, Glucksmann, Michèle Manceaux, Fromanger y Godard, entre otros. Este periódico no estaba redactado por militantes, pero publicaba grandes reportajes realizados por intelectuales. Sartre escribió algunos artículos. Sólo dos números siguieron al primero, uno apareció el 15 de marzo. Liliane Siegel, con su nombre de soltera, Sendyk, era la directora de la publicación. Siguió siéndolo cuando *J'Accuse* se fusionó con *La Cause du Peuple*, y se convirtió en codirectora, con Sartre, de *La Cause du Peuple-J'Accuse*. Como el gobierno no deseaba arrestar a Sartre, fue ella la que se encontró por dos veces en el banquillo de los acusados, siendo Sartre testigo de descargo.

Sin embargo, su salud continuaba preocupándome. Cuando pasaba momentos fastidiosos —y aceptaba muchas tareas molestas—, bebía demasiado. Al anochecer e incluso durante el día, estaba adormilado con frecuencia. El profesor Labeau, a quien consulté el 5 de noviembre, dijo que esta somnolencia era debida a la medicación que se le había prescrito contra los vértigos; se disminuyeron las dosis. El 22 de noviembre se le hizo un nuevo encefalograma, que fue perfectamente satisfactorio, y, poco tiempo después, el profesor Labeau le aseguró que estaba completamente curado, que no estaba más amenazado por los vértigos que cualquier otro. Se quedó contento, pero algo le preocupaba: sus muelas. Debía ponerse dentadura postiza y sentía miedo de no poder hablar más en público y por evidentes razones simbólicas. De hecho, el dentista hizo un excelente trabajo y Sartre se sosegó.

Le satisfizo la aparición del libro de Contat y Rvbalka titulado *Les Écrits de Jean-Paul Sartre*. Corrigió las galeradas de *El idiota de la familia*. Estaba en plena forma cuando presidió, en diciembre, el proceso de las Houllières.

He narrado este proceso en *Final de cuentas*, pero, como Sartre le dio mucha importancia, quiero volver a hablar de él. En febrero del 70, dieciséis mineros murieron y otros muchos resultaron heridos por una explosión de grisú en Henin-Liétard. La responsabilidad de la empresa de Houillères era evidente y algunos jóvenes no identificados lanzaron, como represalia, algunos cócteles molotov en las oficinas de la dirección, provocando un incendio. La policía arrestó, sin la menor prueba, a cuatro maoístas y a dos delincuentes comunes. Su proceso debía tener lugar el lunes 14 de diciembre y *Secours Rouge* convocó el sábado 12, en Lens, un tribunal popular.

Para preparar esta sesión, Sartre se fue el 2 de diciembre, acompañado por Liliane Siegel, a recabar información entre los mineros. Llegó a Bruay, donde se alojó en casa de un antiguo militante muy unido a los maoístas, llamado André. Su mujer, Marie, había preparado para cenar un conejo, plato que Sartre detestaba, y que comió cortésmente pero que le provocó una crisis de asma de unas dos horas. Al día siguiente, se encontró con Joseph, un militante ya entrado en años, muy conocido en la región, y también con otros mineros. Después, en las afueras de Douau, habló con July, importante miembro de la antigua Izquierda Proletaria a quien Sartre apreciaba, aunque le irritaba su triunfalismo. Habló también con Eugénie Camphin, una anciana casi ciega, madre y esposa de mineros de la Resistencia fusilados por los alemanes.

Así pues, el proceso se desarrolló el 12 de diciembre en la alcaldía de Lens y esclareció con aterradora evidencia la responsabilidad de las Houillères. Sartre resumió los debates en una vigorosa acusación que terminaba así:

—Les propongo, pues, las siguientes conclusiones: El Estado-patrón es culpable del asesinato del 4 de febrero de 1970. La dirección y los ingenieros de la galería seis son sus ejecutores. Por consecuencia, son igualmente culpables de homicidios intencionados. Intencionalmente escogen el beneficio antes que

la seguridad, es decir, que ponen la producción de las cosas por encima de la vida de los hombres.

El lunes siguiente tuvo lugar el juicio de los seis supuestos incendiarios y fueron absueltos.

Poco tiempo antes Sartre había aceptado dirigir, además de *La Cause du Peuple*, otros dos periódicos de extrema izquierda: *Tout*, que era el órgano de V.L.R., y *La Parole au Peuple*.

## 1971

A primeros de enero se desarrollaron en la URSS y en España dos procesos que hicieron mucho ruido, el de Leningrado y el de Burgos. El 16 de diciembre de 1970, once ciudadanos soviéticos –un ucraniano, un ruso y nueve judíos– comparecieron ante el tribunal de Leningrado. Habían proyectado secuestrar un avión para salir del país. Pero hubo filtraciones, y, en la noche del 15 al 16 de junio, antes de empezar la acción, fueron arrestados en diferentes ciudades. Dos de ellos fueron acusados y condenados a muerte; Kouznetsov, que había organizado el complot, y Dymshchitz, piloto comercial que debía tomar el mando del avión, una vez que la tripulación hubiera sido atada y desembarcada. Siete de los acusados fueron condenados a penas que oscilaban entre los diez y los catorce años de trabajos forzados; los dos acusados restantes a cuatro y ocho años, respectivamente.<sup>1</sup> El 14 de enero de 1971 tuvo lugar en París un gran mitin en favor de los procesados, en el que Sartre participó; estaban presentes también Laurent Schwarz, Madaule, y nuestro amigo israelí Eli Ben Gal. Todos denunciaron el antisemitismo de la URSS.

En el proceso de Burgos comparecieron unos vascos pertenecientes a ETA y acusados por Franco de complot contra el Estado. Gisèle Halimi asistió al juicio como observadora y re-

1 Dymshchitz y Kouznetsov no fueron ejecutados, sin duda gracias a la presión ejercida por el Elíseo. En el año 73 llegó a París y fue editado en francés el manuscrito de Kouznetsov, *Diario de un condenado a muerte*, que tuvo una enorme resonancia. En abril del 79 Kouznetsov, Dymshchitz y otros tres conjurados fueron canjeados por dos espías soviéticos arrestados en Estados Unidos.

dactó un informe que publicó Gallimard. Pidió un prólogo a Sartre, que aceptó gustosamente. En él definía el problema de los vascos, contaba su lucha y, en particular, la historia de ETA. Se indignaba contra la presión franquista en general, y en particular contra la forma en que se había celebrado el proceso de Burgos. En esa ocasión, basándose en un ejemplo concreto, desarrolló una idea que para él tenía gran interés: la oposición de un universal abstracto —ese al que se refieren los gobiernos— y del universal concreto y singular, tal como se encarna en los pueblos, constituidos por hombres de carne y hueso.

—Es éste —afirma— el que quieren promover los que se sublevan en los países colonizados, desde fuera o desde el interior, y es el único valedero, porque entiende a los hombres en su situación, su cultura, su lengua y no como unos conceptos vacíos.

Contra el socialismo centralizador y abstracto, Sartre preconizaba otro socialismo, descentralizado y concreto.

Ésa es la universalidad singular de los vascos, que ETA opone al centralismo abstracto de los opresores. Sería necesario —decía— crear «el hombre socialista sobre la base de su tierra, de su lengua e incluso de sus costumbres renovadas. Solamente a partir de eso el hombre dejará poco a poco de ser un producto de su producto para llegar a ser un hijo del hombre».

Justamente en esa misma perspectiva, dos años más tarde, Sartre consagró un número de *Les Temps Modernes* (agosto/septiembre de 1973) a las reivindicaciones de los bretones, de los occitanos, de todas las minorías nacionales oprimidas por el centralismo.

Geismar se hallaba preso en la Santé. Aunque gozaba de un régimen relativamente privilegiado, se solidarizó con los otros prisioneros políticos que habían emprendido una huelga de hambre, reclamando para los presos comunes y para ellos mismos unas condiciones de encarcelamiento más soportables. Algunos miembros de la extrema izquierda decidieron también ayunar para apoyar esas reivindicaciones. Fueron albergados en

la capilla Saint-Bernard —en la estación de Montparnasse— por un cura progresista. Michèle Vian formaba parte de los huelguistas, a quienes Sartre visitaba a menudo. Los acompañó cuando, al cabo de veintidós días, interrumpieron su ayuno e intentaron entrevistarse con Pleven. Demasiado debilitados para hacer una larga caminata, se dirigieron en coche a la plaza de la Ópera, desde donde fueron a pie hasta la plaza Vendôme. Se presentaron delante del Ministerio de Justicia, pero Pleven se negó a recibirlos. Días después, Pleven capituló; concedió un régimen especial a los detenidos que habían secundado la huelga de hambre y prometió mejorar el estatuto de los presos comunes, promesa que no fue cumplida.

El 13 de febrero, sus camaradas maoístas convencieron a Sartre de que tomara parte en un desatino bastante tonto, la ocupación de la Basílica del Sacré-Coeur. En el curso de una manifestación del *Secours Rouge*, un militante del VLR, Richard Deshayes, había sido desfigurado por una granada lacrimógena. Para alertar a la opinión pública, la Izquierda Proletaria decidió ocupar la basílica; contaba con el consentimiento de Monseñor Charles. Sartre, acompañado por Jean-Claude Vernier, Gilbert Castro y Liliane Siegel, entró en la iglesia —donde se encontraban algunos fieles— y pidió entrevistarse con monseñor Charles. El sacerdote a quien se dirigió le dijo que iría a transmitirle su petición. Pasó un cuarto de hora sin que el sacerdote volviera. Y entonces todas las puertas de la iglesia se cerraron, excepto una, y los manifestantes, cuyo número había crecido, se sintieron cogidos en una trampa. Castro y Vernier agarraron a Sartre y a Liliane y los ocultaron en un rincón mientras que los CRS, que habían entrado por la puerta que había quedado abierta, golpeaban indistintamente a todo el mundo. Castro y Vernier lograron que Sartre y Liliane salieran, los metieron en el coche de ésta y los instalaron en un café. Cuando volvieron un poco más tarde, dijeron que el enfrentamiento había sido violento; un joven tenía el muslo atravesado por el barrote de una verja.

Sartre, a quien vi por la tarde con Sylvie, pensaba que esta historia era deplorable, sólo podía desmoralizar a los militantes que ya habían sido duramente aporreados días antes, al término de una manifestación. El 15 de febrero dio con Jean-Luc Godard una conferencia de prensa sobre ese tema, de la que los periódicos hablaron largo y tendido. El 18 de febrero, Sartre dejó *Secours Rouge*, en el que —según él— los maoístas habían adquirido una influencia excesiva.<sup>1</sup>

Pocos días después, estalló el caso Guiot. Se trataba de un alumno de instituto acusado falsamente de haber golpeado a un policía y que había sido detenido en flagrante delito. Los alumnos de segunda enseñanza protestaron en masa; miles de ellos fueron a sentarse en la calzada del Barrio Latino, donde un gran número de autobuses de la policía tomó posiciones. Al final, Guiot fue absuelto. Pero, en las calles de París, la atmósfera seguía cargada; por todas partes se veían grandes fotos de Deshayes desfigurado. A mediados del mes de marzo hubo un enfrentamiento extremadamente violento entre la extrema izquierda y los ultras. Muchos policías resultaron heridos.

Sartre seguía muy de cerca toda esta agitación. Su salud parecía muy buena. Continuaba corrigiendo las pruebas de *El idiota de la familia*. Asistía a todas las reuniones de *Les Temps Modernes* que se celebraban en mi casa.

A principios de abril nos fuimos a Saint-Paul-de-Vence. Sartre fue en tren con Arlette, yo en coche con Sylvie. El hotel donde nos alojamos se encontraba a la entrada del pueblo, lleno de turistas durante el día, pero en calma por la mañana y por la noche, muy parecido entonces al precioso recuerdo que de él habíamos guardado. Arlette y Sartre ocupaban un anexo. Sylvie y yo estábamos instaladas en una casita en el extremo de un jardín plantado de naranjos. Había una gran habitación, que

1 Dejó el Comité directivo pero participó en muchas acciones organizadas por *Secours Rouge*.

daba a una pequeñísima terraza y un amplio salón, revocado de blanco, con las vigas a la vista, y en las paredes hermosos cuadros de Caldera de vivos colores. Estaba amueblada con una larga mesa de madera, un diván, un aparador; todo daba al jardín. En esa habitación pasaba la mayor parte de mis veladas con Sartre. Bebíamos un whisky y charlábamos. Cenábamos un poco de salchichón o una pastilla de chocolate. Al mediodía, para desquitarnos, lo llevaba a los buenos restaurantes de los alrededores, donde, a veces, nos reuníamos los cuatro.

La primera noche fuimos sorprendidos por una gran iluminación, sobre la colina, frente a Saint-Paul-de-Vence: eran unos invernaderos que iluminaban, violentamente, con luz eléctrica durante la noche.

Por la tarde, a menudo, cada uno leía por su lado. O bien paseábamos, volviendo a ver aquellos sitios que tanto nos habían gustado. Entre otros fuimos felices al volver a ver Cagnes y el encantador hotel en el que habíamos pasado, bastantes años atrás, unos días deliciosos. Una tarde estuvimos en la fundación Maeght, que ya conocíamos. Había una exposición de Char; los cuadros, agrupados alrededor de sus manuscritos y de sus libros, eran muy hermosos, unos de Klee, otros de Vieira da Silva, de Giacometti y muchos de Miró, cuyas obras se volvían cada vez más bellas a medida que él envejecía.

El último día, Sartre pidió en el hotel un asado con alioli que —a falta de sol— comimos en el «calefactorio», una vasta pieza encantadora con una gran chimenea y una librería. Esa noche se marchó en tren con Arlette. Sylvie y yo tomamos la carretera por la mañana. Sartre había quedado encantado con esas vacaciones.

Fue también muy feliz cuando, al volver a París, recibió de Gallimard una caja enorme, llena de ejemplares de *El idiota de la familia*, dos mil páginas impresas. Me dijo que aquello le agradaba tanto como la publicación de *La náusea*. Hubo inmediatamente críticas muy entusiastas.

A primeros de marzo, Pouillon nos comunicó la muerte del amigo que he llamado Pagniez en mis *Memorias*. Según él, Pagniez, ya jubilado, se aburría tanto que se había dejado morir; tuvo una hepatitis que degeneró en cirrosis. Con él (Mme. Lemaire había fallecido mucho antes), era toda una época feliz de nuestro pasado la que acababa de enterrarse. Pero hacía tiempo que Pagniez se había convertido en un extraño y recibimos la noticia con indiferencia.

Fue también a principios de mayo, cuando, con voz temblorosa de emoción, Goytisolo llamó a Sartre pidiéndole que se adhiriera a una carta muy violenta dirigida a Fidel Castro a propósito del caso Padilla. Este caso tuvo varias etapas: 1) El arresto de Padilla, poeta muy conocido en Cuba, acusado de pederasta. 2) Una carta cortés de protesta firmada por Goytisolo, Franquí, Sartre, yo misma y algunos otros. 3) Padilla fue puesto en libertad y redactó una autocrítica delirante en la que acusaba a Dumont y a Karol de ser agentes de la CIA. También su mujer redactó la suya, proclamando que la policía lo había tratado con «ternura». Estas declaraciones levantaron numerosas protestas. Nuestro antiguo intérprete cubano, Arcocha, que también había escogido el exilio, escribió en *Le Monde* que, para obtener tales confesiones, era necesario que se hubiera sometido a torturas a Padilla y a su mujer. En segundo plano de toda esta historia actuaba con vigor Lisandro Otero, quien, en 1960, nos había acompañado durante casi todo nuestro viaje; en el momento actual hacía y deshacía en materia de cultura. Goytisolo pensaba que una verdadera banda de policías tenía a Cuba bajo su férula. Supimos que Castro ahora consideraba a Sartre como a un enemigo; padecía, decía, la nefasta influencia de Franquí. En un discurso pronunciado en aquella época, Castro atacó a la mayoría de los intelectuales franceses. Sartre no se turbó, pues hacía tiempo que no se hacía ilusiones sobre Cuba.

Después de comenzado el curso varios amigos vinieron a vernos a Sartre y a mí, además de sus camaradas de la extrema

izquierda. Tito Gerassi nos hablaba del *underground* americano; Rossana Rossanda nos describía las dificultades y éxitos de su periódico, *Il Manifesto*, el cual se iba a convertir de semanario en diario; Robert Gallimard nos explicaba lo que ocurría en los pasillos de su editorial. Comimos con el periodista egipcio Ali, que, en el 67, nos había escoltado durante nuestro viaje a Egipto. A principios de mayo, vimos nuevamente a nuestra amiga japonesa Tomiko: nos contó el largo viaje que acababa de hacer por Asia.

El 12 de mayo, Sartre participó en una manifestación que tuvo lugar en la alcaldía de Ivry. Behar Behala, un emigrante, algo retrasado mentalmente, había robado un yogur de una furgoneta; unos policías le dispararon y lo hirieron gravemente. Después de un trabajo de información, *Secours Rouge* organizó una acción contra la policía.

En aquella época Sartre pasaba días enteros en mi casa, pues el ascensor de la suya estaba estropeado. Cuando se veía obligado a subir diez pisos se cansaba enormemente.

El martes 18 de mayo, como todos los martes, Sartre llegó a mi casa al atardecer. Había pasado la tarde y la noche del lunes en casa de Arlette:

—¿Qué tal estamos? —le pregunté rutinariamente.

—No demasiado bien.

En efecto, le temblaban las piernas, farfullaba, tenía la boca torcida.

La víspera, no había notado que estaba cansado, pues habíamos estado escuchando música y apenas habíamos hablado. Pero por la noche había llegado a casa de Arlette en mal estado, y se había despertado por la mañana tal como lo veía ahora; evidentemente había tenido un pequeño ataque durante la noche.

Hacía tiempo que temía un accidente de este tipo y me había prometido permanecer serena; recordé el ejemplo de algunos amigos que habían pasado por semejante trance y habían quedado indemnes. Por otra parte, Sartre debía ir a ver a su mé-

dico al día siguiente, eso me tranquilizaba un poco, sólo un poco. Debí hacer un gran esfuerzo para no traicionar mi pánico. Sartre exigió que le diera su dosis habitual de whisky, aunque a medianoche apenas articulaba y le costó trabajo arrastrarse hasta la cama. Durante toda la noche luché contra la angustia.

Al día siguiente, por la mañana, Liliane Siegel lo acompañó a la consulta del doctor Zaidmann. Me llamó diciendo que todo iba bien: tenía 18 de tensión –lo que era normal en él– e iba a empezar en seguida un serio tratamiento. Un poco más tarde, cuando Liliane me llamó, fue menos optimista. Según Zaidmann, la crisis era más grave que la de octubre y lo más inquietante era que los malestares hubieran vuelto tan pronto. Una de las causas era sin duda que desde el mes de marzo ya no tomaba sus medicamentos; también había sido nefasto subir diez pisos a pie, de vez en cuando. Pero lo esencial consistía en una gran dificultad en la circulación sanguínea en una determinada zona del cerebro, la izquierda.

Aquella tarde estuve en casa de Sartre y no lo encontré ni mejor ni peor. Zaidmann le había prohibido terminantemente andar. Felizmente, el ascensor funcionaba de nuevo. Al atardecer, Sylvie nos llevó en coche a mi casa y se quedó un rato con nosotros. Sartre sólo bebió zumos de fruta. Ella estaba aterrada por su aspecto. Supongo que –sin que se diera cuenta– el ataque había sido para él un choque espantoso: parecía muy abatido. El cigarrillo se le escapaba continuamente de los labios. Sylvie lo recogía, se lo daba, él lo cogía y se le escapaba de los dedos. Este tejemaneje se repitió no sé cuántas veces durante aquella fúnebre tarde. Como no se trataba de hablar, puse algunos discos, entre otros, el *Réquiem* de Verdi, que le agradaba enormemente a Sartre y que escuchábamos a menudo.

–Es música de circunstancia –murmuró.

Eso nos heló la sangre a Sylvie y a mí. Ella se marchó un poco después y Sartre se fue a acostar en seguida. Al despertarse, le pareció que apenas podía mover el brazo derecho, tan

pesado y yerto estaba. Cuando Liliane vino a buscarlo para ir a desayunar con él, me dijo quedadamente:

—Lo encuentro peor que ayer.

Cuando se marcharon, llamé al profesor Labau, al hospital. No podía venir, pero enviaría a otro especialista. Encontré a Sartre en su casa y a las once y media llegó el doctor Mahoudeau. Examinó a Sartre durante una hora y me tranquilizó. La sensibilidad profunda no estaba afectada, la cabeza estaba intacta, el ligero balbuceo provenía de la torsión de la boca. La mano derecha estaba débil. Sartre seguía teniendo dificultades para sostener el cigarrillo. Tenía catorce de tensión: era una mala caída debida a las medicinas que tomaba. Mahoudeau recetó nuevos medicamentos y recomendó grandes precauciones durante cuarenta y ocho horas. Sartre tenía que descansar muchísimo y no estar nunca solo. Gracias a esto, se restablecería completamente en diez o veinte días.

Sartre se había prestado dócilmente a todos los exámenes, pero no quiso guardar cama. Sylvie —liberada del instituto por la fiesta de la Ascensión— nos llevó a La Coupole, donde comimos los tres. Sartre estaba mucho mejor. Sin embargo, su boca seguía torcida. Al día siguiente, en el mismo sitio, Françoise Perrier lo vio, y acercándose a mi mesa, me dijo:

—Mala cosa eso que tiene; esa boca torcida es grave.

Felizmente yo sabía que por esta vez no era muy grave. Los días que siguieron pasaron bien y, el lunes por la mañana, Zaidmann anunció que pronto dejaría el tratamiento, pero añadió que la vuelta a la vida normal sería bastante larga; incluso dijo a Arlette que quizá Sartre no se curaría por completo.

Sin embargo, cuando el miércoles 26 de mayo pasamos la velada con Bost, había recuperado el andar, el hablar y su habitual buen humor. Delante de él, dije riendo a Bost que seguramente me vería obligada a discutir con él para que moderara su consumo de alcohol, de té, de café, de excitantes. Sartre subió a acostarse y, desde el balcón que domina el estudio, canturreó:

—No quiero apenar, ni lo más mínimo, a mi Castor...

Aquello me conmovió. Me emocionó también cuando, comiendo juntos en La Coupole, me señaló a una joven de ojos azules y rostro algo redondeado y me preguntó:

—¿Sabe a quién me recuerda?

—No.

—A usted, cuando tenía su edad.

Solamente una cosa no iba bien: su mano derecha seguía débil. Le era difícil tocar el piano —lo que hacía gustosamente en casa de Arlette— y difícil le era también trazar palabras en el papel, pero por el momento eso apenas tenía importancia. Esperando volver a trabajar, corregía las galeradas de *Situaciones VIII-IX* y eso lo ocupaba bastante.

En junio fundó con Maurice Clavel la agencia de prensa Libération. Firmaron un texto en el que definían los fines de la agencia, que se proponía publicar todos los días un boletín de información:

Todos juntos queremos crear un movimiento para la defensa de la verdad... No es suficiente conocer la verdad, también es necesario hacerla oír. Con rigor, verificando lo que dice, la agencia *Libération* difundirá regularmente las noticias que reciba... La agencia de prensa *Libération* quiere ser una nueva tribuna que conceda la palabra a los periodistas que quieran decirlo todo, a la gente que quiere saberlo todo. Dará la palabra al pueblo.

A finales de junio, Sartre empezó a tener dolores muy agudos en la lengua. No podía ni comer ni hablar sin sufrir. Le dije:

—A pesar de todo, es un mal año: todo son molestias.

—Oh, no es nada —me respondió—. Cuando uno es viejo, no tiene importancia.

—¿Cómo es eso?

—Sabemos que no durará mucho tiempo.

—¿Quiere decir que se va a morir?

—Sí. Es normal que uno se deteriore poco a poco. Cuando uno es joven, es diferente.

El tono de su voz me conmovió, parecía ya al otro lado de la vida. Todo el mundo se daba cuenta de este alejamiento, parecía indiferente a muchas cosas, sin duda porque se desinteresaba de su propia suerte. A menudo estaba, si no triste, al menos ausente. Sólo le veía verdaderamente alegre durante nuestras veladas con Sylvie. En su casa festejamos en junio los sesenta y seis años de Sartre; estaba radiante.

Volvió al dentista y dejó de sufrir. De repente, nos dimos cuenta de los progresos que había hecho desde mayo. Zaidmann reconoció que estaba completamente restablecido. Y, muchas veces, Sartre me repitió que estaba muy contento con el año.

Con todo, estaba angustiada por dejarlo. Él iba a pasar tres semanas con Arlette y dos con Wanda, mientras yo viajaría con Sylvie. Me gustaban estos viajes, pero separarme de él siempre me causaba una pequeña conmoción. Aquella vez comí con él en La Coupole, donde Sylvie debía venir a buscarnos a las cuatro. Me levanté tres minutos antes. Sonrió de manera indefinible y me dijo:

—Así pues, es la ceremonia del adiós.

Le puse la mano en el hombro, sin responder. La sonrisa, la frase me han perseguido largo tiempo. Yo daba a la palabra «adiós» el sentido supremo que tuvo unos años más tarde, pero entonces estuve sola para pronunciarla.

Me fui a Italia con Sylvie. La noche siguiente dormimos en Bolonia. Por la mañana cogimos la autopista que debía llevarnos a la costa este; una tibia bruma inundaba el paisaje; en toda mi vida no había tenido un tal sentimiento de absurdidad y de abandono: ¿qué hacía allí?, ¿por qué me encontraba allí? Rápidamente recuperé mi amor por Italia, pero todas las noches, antes de dormirme, lloraba largo tiempo.

Mientras, Sartre se paseaba por Suiza; de vez en cuando un telegrama me aseguraba que estaba bien. Mas al llegar a Roma,

donde debía reunirse conmigo, encontré una carta de Arlette. Sartre había tenido una recaída, el 15 de julio; ella lo advirtió al despertar, como la primera vez. Tenía la boca aún más torcida que en mayo, la pronunciación era confusa, el brazo estaba insensible al frío y al calor. Lo había llevado a la consulta de un médico de Berna y Sartre le había prohibido ferozmente que me previniera. Tres días más tarde, la crisis había pasado, pero ella había llamado a Zaidmann, quien le dijo:

—Para que le den esos espasmos, tiene que tener las arterias muy cansadas.

Fui a buscarlo a la estación Termini. Me llamó antes de que lo viera. Llevaba un traje claro, y una gorra en la cabeza. Un flemon le hinchaba el rostro, pero parecía gozar de buena salud. Nos instalamos, en el sexto piso del hotel, en nuestro pequeño apartamento; tenía una terraza desde donde dominábamos una inmensa vista sobre el Quirinal, el techo del Panteón, San Pedro, el Capitolio, cuyas luces veíamos extinguirse a medianoche. Aquel año un sector de la terraza había sido transformado en salón, separado de la parte descubierta por un gran ventanal; podíamos permanecer allí en cualquier momento del día. El flemon de Sartre desapareció y no volvió a tener molestias. Ya no parecía ausente; estaba animoso y risueño. Permanecía despierto hasta la una de la madrugada y se levantaba hacia las siete y media: cuando yo salía de mi cuarto, a eso de las nueve, lo encontraba sentado en la terraza, mirando la belleza de Roma y leyendo. Dormía la siesta unas dos horas, pero ya no se adormilaba. En Nápoles, con Wanda, había andado mucho; había visitado de nuevo Pompeya. En Roma apenas teníamos ganas de pasear: sin movernos estábamos en todas partes.

Hacia las dos, tomábamos unos sándwiches cerca del hotel; por la noche, íbamos a pie a cenar a la plaza Navona o algún restaurante próximo. Algunas veces Sylvie nos llevaba en coche a Trastévere o a la Appia Antica. Sartre, prudentemente, se calaba la gorra cuando atravesaba una zona soleada. Tomaba escrupulo-

samente sus medicamentos, bebía sólo un vaso de vino blanco en la comida, cerveza con la cena y después dos whiskies en la terraza. Nada de café, y té solamente en el desayuno (otros años, a las cinco bebía infusiones extremadamente fuertes). Corregía el tercer volumen de *El idiota de la familia* y se distraía leyendo *gialli*, las novelas policíacas italianas. De vez en cuando nos reuníamos con Rossana Rossanda, y una tarde tuvimos la visita de nuestro amigo yugoslavo Dedijer.

Viendo a Sartre tal como estaba durante esas vacaciones romanas, se le habrían vaticinado veinte años más de vida. Y además, él contaba con ellos. Cuando un día me quejé de que siempre estaba leyendo los mismos *gialli*, me dijo:

—Es normal. Solamente hay una determinada cantidad. No podremos leer nuevos *gialli* durante los próximos veinte años.

Al volver a París, Sartre continuó estando bien. Tenía 17 de tensión y buenos reflejos. Se acostaba a medianoche, se levantaba a las ocho y media y ya no dormía más durante el resto del día. Le quedaba una sombra de parálisis en la boca que le hacía difícil masticar y algunas veces ceceaba. No controlaba su escritura. Pero no le inquietaba. Su gran preocupación nuevamente era la gente y sus cosas. Le resultó muy agradable la calurosa acogida que tuvieron los dos primeros volúmenes de *El idiota de la familia*. Envío el tercero a Gallimard y acometió el cuarto, en el que se disponía a estudiar *Madame Bovary*. Leía y criticaba cuidadosamente el manuscrito de mi próximo libro, *Final de cuentas*, y me daba excelentes consejos. Anoté a mediados de noviembre: «Sartre está tan bien que estoy casi instalada en la tranquilidad».

A últimos de noviembre participó con Foucault y Genet en una manifestación que tuvo lugar en el barrio de la Goutte d'Or para protestar contra el asesinato de Djelalli, un joven argelino de quince años. El 27 de octubre, el portero de su edificio lo había asesinado, disparándole con una carabina; hacía demasiado ruido, explicó el portero y, sin ninguna preocupación por contradecirse, pretendía haberle tomado por un ladrón.

Al llegar a la calle Poissonnière, Sartre iba delante de Foucault y de Claude Mauriac, quienes llevaban una pancarta en la que se hacía un llamamiento a los trabajadores del barrio. Sartre fue reconocido por la policía y ésta no intervino. Tomó la palabra a través de un megáfono, anunciando la creación de un servicio permanente del Comité Djelalli; su sede estaría, desde el día siguiente, en la sala parroquial de la Goutte d'Or, hasta que se encontrara un local más adecuado. La manifestación prosiguió hasta el bulevar de la Chapelle, y Foucault tomó varias veces la palabra. Sartre deseaba participar en los servicios permanentes, pero Genet, con quien comió unos días más tarde, se lo desaconsejó: lo encontraba demasiado cansado.

No sé si Sartre sentía ese cansancio, pero, la noche del 1 de diciembre, me dijo, abruptamente:

—He agotado mi capital de salud. No rebasaré los setenta años.

Protesté. Y él replicó:

—Usted misma me ha dicho que es difícil superar un tercer ataque.

Ya no me acordaba de haberlo dicho. Era sin duda una advertencia contra posibles excesos.

—Los ataques que usted ha tenido fueron muy débiles —le respondí.

Y él:

—Pienso que no terminaré Flaubert.

—¿Eso le disgusta?

—Sí, me disgusta.

Y me habló de su entierro. Deseaba una ceremonia muy simple y ser incinerado.<sup>1</sup> Deseaba que un gran número de maóístas acompañaran su féretro. No es que pensara en ello muy a menudo, me dijo, pero lo pensaba.

1 Sobre todo, no quería encontrarse en el cementerio Pare Lachaise, entre su madre y su padrastro.

Felizmente, sobre ese punto, su humor era versátil. El 12 de febrero del 72, me dijo alegremente:

–Quizá vivamos aún mucho tiempo.

Y a finales de febrero añadió:

–Oh. Pienso estar aquí dentro de diez años.

De vez en cuando, riendo, hacía alusión a su «miniplejía», pero no se creía en absoluto en peligro.